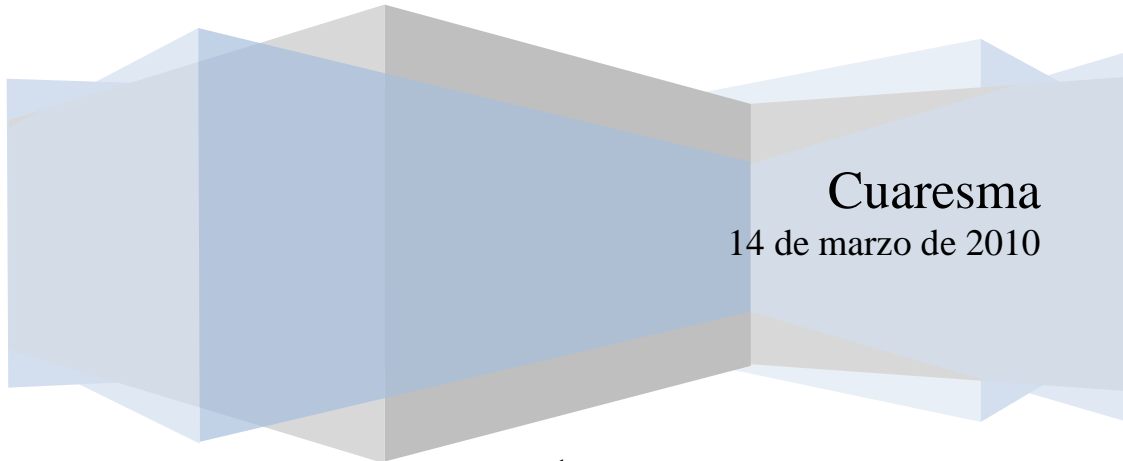


“La antesala del perdón”

Homilía P. Ernesto Popelka

DALMANUTA
(Tijuana- México)



Cuaresma
14 de marzo de 2010

“Jesús dijo también: ‘Un hombre tenía dos hijos. El menor de ellos dijo a su padre: ‘Padre, dame la parte de herencia que me corresponde’. Y el padre les repartió sus bienes. Pocos días después, el hijo menor recogió todo lo que tenía y se fue a un país lejano, donde malgastó sus bienes en una vida licenciosa. Ya había gastado todo, cuando sobrevino mucha miseria en aquel país, y comenzó a sufrir privaciones. Entonces se puso al servicio de uno de los habitantes de esa región, que lo envió a su campo para cuidar cerdos. Él hubiera deseado calmar su hambre con las bellotas que comían los cerdos, pero nadie se las daba. Entonces recapacitó y dijo: ‘¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, y yo estoy aquí muriéndome de hambre!’. Ahora mismo iré a la casa de mi padre y le diré: ‘Padre, pequé contra el cielo y contra ti; ya no merezco ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros’. Entonces partió y volvió a la casa de su padre.

“Cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió profundamente; corrió a su encuentro, lo abrazó y lo besó. El joven le dijo: ‘Padre, pequé contra el cielo y contra ti; no

merezco ser llamado hijo tuyo'. Pero el padre dijo a sus servidores: 'Traigan enseguida la mejor ropa y vístanlo, pónganle un anillo en el dedo y sandalias en los pies. Traigan el ternero engordado y mátenlo. Comamos y festejemos, porque mi hijo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y fue encontrado'. Y comenzó la fiesta.

"El hijo mayor estaba en el campo. Al volver, ya cerca de la casa, oyó la música y los coros que acompañaban la danza. Y llamando a uno de los sirvientes, le preguntó qué significaba eso. El le respondió: 'Tu hermano ha regresado, y tu padre hizo matar el ternero engordado, porque lo ha recobrado sano y salvo'. Él se enojó y no quiso entrar. Su padre salió para rogarle que entrara, pero él le respondió: 'Hace tantos años que te sirvo, sin haber desobedecido jamás ni una sola de tus órdenes, y nunca me diste un cabrito para hacer una fiesta con mis amigos. ¡Y ahora que ese hijo tuyo ha vuelto, después de haber gastado tus bienes con mujeres, haces matar para él el ternero engordado!'. Pero el padre le dijo: 'Hijo mío, tú estás siempre conmigo y todo lo mío es

tuyo. Es justo que haya fiesta y alegría, porque tu hermano estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado’.” (Lc.15, 11-32).

El texto que acabamos de leer, del capítulo 15 del Evangelio según San Lucas, les aconsejo que no sólo lo busquen en las Biblias que tengan en sus casas, sino que repasen un poquito lo anterior y lo posterior a este texto, los capítulos 10, 11 y 14, porque se encontrarán con esa serie de parábolas que los cristianos conocemos desde pequeños, desde que venimos a la catequesis. Basta escuchar las primeras palabras para emocionarnos: “Un hombre tenía dos hijos” (Lc. 15,11), y ya sabemos qué es lo que viene: la famosa y enternecedora parábola que llamábamos “del hijo pródigo”; hace muchos años, primero la rebautizó mi Padre Montes, quien la llamó “del padre misericordioso” porque decía que este hijo no era pródigo, sino un avivado, y que verdaderamente mostraba la misericordia del padre. Luego, en la encíclica “Dives in Misericordia”, Juan Pablo II también dijo lo

mismo: es la parábola del padre misericordioso. También conocemos aquella otra parábola, en la cual Jesús dice: “Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó” (Lc. 10, 30); ya sabemos que se viene la parábola del buen samaritano, con toda aquella conclusión de “hacer el bien sin mirar a quién”, o de estar dispuesto a abandonar otros planes para asistir a quien más lo necesita. O escuchamos: “Jesús entró en un pueblo y una mujer lo recibió en su casa” (Lc. 10, 38), y sabemos que viene el encuentro de Jesús con María, Marta, Lázaro, en esa escena tan cálida, tan profunda. O aquella otra que también se narra en este contexto del Evangelio de San Lucas: “Salió el sembrador a sembrar” (Lc. 8, 5), y sigue toda la parábola del sembrador y la semilla. En fin, son todas parábolas, escenas de misericordia, de cariño, de ternura, de gratuidad, de Gracia de Dios, de *gratia plena* en latín; de ahí viene la palabra gratis, lo gratuito, lo agradecido, lo agraciado. O también es lo gracioso, lo que hace gracia a Dios, lo que cayó en gracia a Dios: “plugo a Dios”. Cuando decimos esto nos referimos a lo que le cayó bien. ¿Por qué?, no

sé, no fue ni por tu cara bonita ni por tu mérito. ¿Por qué el samaritano ayuda al otro? El otro no hizo nada para recibir esa ayuda. ¿Por qué el padre le hace una fiesta al hijo pródigo? No tiene por qué, al contrario, por suerte no me consultaron, si no, yo “le paso todas las facturas”: “¡Ah, llegaste m’hijo! Bueno, mira, debes esto y esto y esto”; y luego conversamos. ¿Qué le dieron Marta, María y Lázaro a Jesús? Sin embargo, se derrama en amor. ¿Qué hizo la tierra por el sembrador para que el sembrador tanto la cuide? Nada, es toda una inversión previa, es todo un acto gratuito, agraciado, desinteresado, o sea, misericordioso.

Por lo tanto, estamos en un domingo de Cuaresma, de las cenizas, o de las cenicientas – como comentaba el otro día-, o del arrepentimiento, claro que sí, del ayuno, de la abstinencia, de rasgarnos las vestiduras... Pero, lejos de insistir en lo depresivo, en lo culposo, en “perdona nuestras deudas”, etc., hoy se está insistiendo en lo gratuito, en lo agraciado, e incluso hasta en lo gracioso, en lo simpático; no en lo chistoso, o el bromista que

se cree inteligente, sino en lo gracioso, en lo inteligente, en lo que refleja sabiduría, creatividad, vitalidad.

De eso estamos hablando cuando decimos que celebramos el domingo de la antesala del perdón. La palabra perdón viene de per-donar, *per donare*, para donar, para la donación, para el regalo. Per-donar significa para donar, para regalar sin esperar nada a cambio, porque si no sería un préstamo, una renta, un comercio, o una venta. Y se trata de un perdón que tiene la característica de recuperar lo que estaba perdido -por eso les digo que presten atención a la segunda lectura, porque la palabra reconciliación va a ser clave-. Muchas veces la repite San Pablo en esta segunda lectura que escuchamos, de la carta a los Corintios: reconciliar es restaurar. También les recomiendo que lean esas parábolas que narra San Lucas, donde aparecen la mujer que perdió una moneda, o el hombre que perdió una oveja y la recupera, la reencuentra, la re-obtiene, dando a entender dos cosas: en primer lugar, que se reconecta o se encuentra lo que estaba

perdido -como aquí el hijo pródigo, que estaba perdido y ha sido encontrado, estaba muerto y ha recobrado la vida-, por lo tanto, recuperamos lo perdido. Pero, cristianamente hablando, no es solamente recuperar lo que estaba perdido: se trata de obtener no sólo lo que estaba perdido sino mucho más. Lo que recuperamos en Cristo es mucho más que lo que perdimos en Adán. Por el pecado perdimos el paraíso terrenal, el Jardín del Edén; lo que recuperamos en Cristo es muy superior a lo que perdimos, por eso el cristianismo no es regresivo. No es “ir a rescatar el Santo Sepulcro que lo tienen los musulmanes” -dirían en las cruzadas-, sino que es ir a recuperar aquello perdido, pero acrecentado por todo lo que hemos obtenido en este tiempo; por lo tanto, lo que obtenemos es mucho más que lo que perdimos. El Ouroboros, la serpiente que se muerde la cola, es un antiguo símbolo que indica que volvemos al principio, volvemos a experimentar los sentimientos primarios, inocentes, puros que tuvimos cuando niños, pero acrecentados con la experiencia que

tenemos como adultos. Cuando en el Bautismo nos referimos a un renacimiento, recuperación, no es solamente volver a ser niño y ponernos a jugar y a gritar como hacen los pequeños. No, es recuperar la inocencia perdida, la blancura del alma, pero agregando los años de experiencia que uno tiene. Entonces, es mucho más que lo que perdí cuando era niño. Cuando era niño, me comprometí con Cristo en la Primera Comunión a darle la flor de mi inocencia, y le pedí a cambio su divino amor, Él fue fiel y yo no; pero cuando luego por la reconciliación, la reconexión, recupero la inocencia perdida, no solamente recupero aquello, no vuelvo a ser lo mismo que era cuando era pequeñito -eso sería psicológicamente una regresión, entonces ahora me pongo a jugar a las canicas, ¡lo único que me faltaba!-. No, recupero los sentimientos puros que tenía en la infancia pero sumado a la experiencia, las gracias, las virtudes, el conocimiento que he adquirido en estos 25 años de vida que tengo...

De ahí viene también la palabra religión. Practicamos una religión. Uno pregunta: “¿De

que religión es usted?”. “Católica”, respondemos. Yo quisiera ser por lo menos re-religioso; porque se trata de re-conectar, re-ligar, volver a ligar al individuo con lo que perdió y además sumándole todo lo que adquirió con la experiencia. Cuando el pueblo de Israel recupera la tierra perdida, no sólo recupera aquella tierra, sino que le añade todo lo que obtuvo en Egipto: saquearon Egipto y se trajeron todo. Cuando el pueblo de Israel reconstruye tres veces el templo, cada vez que lo reconstruye es mucho mejor que el anterior. Eso es lo curioso, la reconstrucción es superior a lo construido, lo que se obtiene es mucho más que lo que se perdió. Ése es el concepto de reconciliación, de reconectarnos, de re-ligarnos, de restaurar todo eso. El prefijo “re” no sólo es para re-petir las cosas sino para re-enriquecerlas. Vale la pena insistir, para que quede claro, que re-cupero y además me enriquezco con todo lo anterior.

Ahora bien, cuando el hijo pródigo, cuando el pecador, cuando el pueblo de Israel está apartado, está desviado del camino, está - como se los muestro en la cartelera-, sentado

bajo un árbol, tratando de comer lo que comen las bestias, de repente, viendo a las chivas comiendo y a las burras y a las vacas, que nos hacen recordar, re-cordar lo que uno vivía de chico, entonces uno dice, como el hijo pródigo: “¡pensar que estos animales están mejor cuidados que yo!”. Exagerando la nota, pero mirando el Evangelio, yo a veces digo, con todo respeto a mis palomas o a mis perras –que son mis consentidas-: “¡Si yo tuviera lo que tienen mis perras!”, porque ladran un poquito y ya me tienen detrás de ellas con esto, con lo otro, aquí, allá, las palomas, los pájaros, los gatos, en fin, ese zoológico que tengo. “¡Qué increíble! ¡Si el ser humano, en algunas situaciones, tuviera la mitad de esto, la mitad de las atenciones que yo tengo con estos animales...!”. En fin, salvando las distancias y para que se rían un poquito, pero pensando en el hijo pródigo, ése era el sentimiento: mirar a los animales, gorditos, que tenían el establo, que tenían pesebre para dormir, todos los días tenían agua, porque son valiosos, es un capital; imagínate cuánto vale una vaca, un becerro, un ternero, una chiva,

¡Santa María! Si es un capital, hay que cuidarlos; pero tal vez, el individuo todavía no llega a la quincena y no tiene ni para el techo, ni para la renta, y uno se pregunta: “¿No me darán un poquito de eso?”; ése es el hijo pródigo. Y uno podría decirle: “Y bueno, si tú te lo elegiste, son tus decisiones, no es la injusticia del gobierno ni de los que te contrataron, tú mismo elegiste”. El asunto es que estando bajo el árbol, llamémosle de alguna manera, es como que “le cae el 20”, le cae la manzana en la cabeza como a Newton para descubrir la ley de la gravedad, se le prende el foco, y entonces dice: “Sí, me arrepentiré, volveré junto a mi padre”. Entonces lo que se le pide al hijo pródigo es, primero, que se convierta; segundo, que sepa perdonar, como decimos en el Padre Nuestro: “Te vamos a perdonar en la medida en que tú también sepas perdonar”, además de todas las condiciones para la confesión que a veces señalamos. Pero voy a lo siguiente: ese acto, ese gesto, esa ocurrencia de arrepentirnos, de cambiar, de tener fuerza para levantarnos de abajo, para meter una reversa, para no

avergonzarnos en dar vuelta nuestros pasos, esa fuerza que no teníamos; la fuerza de Mateo para dejar todo lo que tenía y seguir a Cristo, a pesar de la vergüenza que tuvo que pasar; la fuerza de Pablo para cambiar todo lo que pensaba y empezar una vida nueva; esa fuerza del arrepentimiento previa al perdón también la da Dios por su misericordia. Esa fuerza la da el padre del hijo pródigo por su oración, por eso les dije que si lo vio de lejos es porque diariamente estaba mirando para allá, no es de casualidad. Hay un antecedente en el libro de Tobías, que el hijo menor se va, y la mamá todos los días salía a otear en el horizonte -así dice una traducción-, o sea, miraba a lo lejos, en la lontananza. Por lo menos uno que se crío en el campo, sabe que mirando a lo lejos uno ve aquello que se mueve. ¡Imagínense una madre a quien se le perdió un hijo, que se fue un hijo!, decían que probablemente estuviera muerto, hacía mucho que no iba. “¿Aquello que se mueve, será mi hijo, será una oveja, será una vaca, que será? ¿O será un árbol que se mueve por el viento?”. De la misma manera que la mamá de Tobías miraba a lo lejos,

lógicamente el padre del hijo pródigo también estaba mirando a lo lejos. ¿Por qué? Porque diariamente se supone que rezaba, que oraba, que pedía a Dios, que lloraba, que sufría para que el hijo se convirtiera. Recuerdan a Santa Mónica, la mamá de san Agustín, cuyo hijo estaba totalmente perdido, y sin embargo, la madre que no le podía decir nada al hijo porque “el hijo se le paraba de manos”, “se le ponía al brinco”, como decimos, lloraba; entonces cuando Agustín se convierte lo llaman “el hijo de tantas lágrimas”. O sea, hay una comunicación espiritual, hay una influencia de la oración, hay una influencia diríamos trascendente que, aunque no estemos presentes, influye, pesa, convierte. La oración, diría Tertuliano, hace mover los diques, hace trasplantar los árboles, hace cambiar las montañas. Por la oración cambiamos el mundo, diría el Evangelio, por la fe, por eso que no se ve pero que, sin embargo... O dirían los psicólogos, por la influencia del inconsciente colectivo, lo que yo hago aquí en mi casa, repercute. O dirían los chamacos, las buenas ondas, tirame buenas

ondas, ¿qué significa? Los buenos deseos, las buenas intenciones, entendemos que también influyen, que también traspasan las puertas, los límites, los muros, influyen y convierten. Por lo tanto, para hacerles el cuento corto, con Santa Mónica, pero especialmente con el padre del hijo pródigo, si ese hijo -como está en la cartelera-, tumbado debajo de un árbol, cuidando los cerdos, con hambre y fundido, quebrado económicamente, se levanta y sale adelante es también por su padre. Aunque no nos van a decir que fueron ellos, todavía nos van a hacer una fiesta, todavía nos van a decir: “¡Felicidades! ¡Te levantaste, saliste adelante!”, como un buen papá le dirá a un niño. Como aquella anécdota con mi mamá, que le pedí el dinero para hacerle un regalo, fui a comprar el regalo para mi mamá con el dinero que ella me había dado, y le compré de regalo una pelota de fútbol; y ella me dijo: “¡Qué linda pelota, qué lindo regalo me hiciste m’hijito! ¡Hacía tiempo que andaba esperando esto...!” Y a los diez minutos, obviamente, le pedí la pelota para ir a jugar yo. Así, de la misma manera pasa con Dios: nos convierte, nos da el

arrepentimiento, nos recibe con los brazos abiertos y se hace el asombrado y nos dice: “¡Oh, cielos, tú estas aquí! ¡Qué fuerza, qué valentía!”. Y encima nos regala.

Entonces, Dios es poderoso y humilde, el padre del hijo pródigo es poderoso y humilde, por esto que les estoy diciendo. Pero eso surge del amor, surge de la misericordia, surge de la fuerza, del perdón, de la antesala, de lo que está detrás. Recién ahí el padre dice: “Yo te perdono” pero, sin embargo, todos los actos de arrepentimiento, de cambio, de humildad, y de decisión también fueron por la fuerza del amor del padre que, atravesando distancias, operó sobre el hijo, esto es indiscutible. Es un padre misericordioso y también ejecutivo, efectivo y actuante. Esto que les estoy diciendo, que se entiende fácilmente para quien ama, lo dice la carta a los Romanos, capítulo 5: “Cristo vino a salvarnos y dio su vida cuando aun éramos pecadores”. ¿Entienden? No cuando nos arrepentimos sino cuando aun éramos pecadores. Dice la primera carta de Juan: “Cristo se hizo hombre para salvarnos cuando todavía andábamos

extraviados”. Quiere decir que cuando andábamos equivocados o en el pecado, ya ahí Dios invirtió, arriesgó, puso lo que tenía para que nosotros nos convirtiéramos. Tan es así que, en la Cruz, el propio Jesús va a llegar a decir: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”; está perdonando a quienes todavía no se han arrepentido. Normalmente, entre los hombres, cuando se arrepienten, se los perdona. Pero aquí lo que estamos diciendo es que Dios mismo aventura, arriesga su perdón, o motiva el perdón para que arrepintiéndonos le pidamos el perdón. Es curioso porque hace unos días atrás, creo que fue en la misa del viernes, leíamos del profeta Oseas: “Esto dice el Señor Dios: Israel conviértete al Señor, Dios tuyo, pues tu maldad te ha hecho sucumbir”. Arrepiéntanse, dice Dios. *“Arrepiéntanse y acérquense al Señor y díganle: perdona señor nuestras maldades, acepta nuestro arrepentimiento sincero que solemnemente te prometemos”* (Oseas 14, 2ss). Es decir, hasta Dios mismo pone en boca del pecador las palabras que tiene que usar para pedir perdón ¿entienden?

Es como el dinero que me dio mi mamá para comprarle un regalo para ella; y después me agradece a mí.

Ahora bien, si Dios es el que nos perdona, si el único que perdona pecados es Dios, si Dios es el que produce o fomenta el arrepentimiento para que volvamos a Él, ¿el ser humano en qué colabora? El ser humano se dispone, el ser humano libremente adhiere, “se sube al carro”, colabora con el plan de Salvación, participamos de esa inmensa economía de la salvación, que depende del amor misericordioso de Dios que actúa, que opera, diríamos en términos futbolísticos, porque él es el que tira el centro y él es el que cabecea, hace las dos cosas, tira el tiro de esquina y cabecea y hace el gol, y después nos felicita. Es Dios quien nos convierte, es Dios quien nos perdona. Uno adhiere como el yo al inconsciente, adherimos a esas realidades de nuestro destino, como la Virgen María que frente a Dios Nuestro Señor dijo: “El hizo en mí grandes cosas”; uno, simplemente, colabora. Y cuando no nos arrepentimos, cuando no nos humillamos frente a Dios, ¿qué

es lo que pasa? ¿Es que Dios no actúa? Dios sí actúa pero está el misterio de la libertad humana, o de la iniquidad humana, o de la necedad humana, o de la estupidez humana que impide que nos arrepintamos. No es porque Dios no actúe, sino porque uno se pone más duro que una piedra. Entonces, hay un misterio de la libertad humana increíble que podemos, con muy poquito, frenar tantas cosas, lamentablemente. San Pablo le llamará “misterio de la iniquidad”, o de la necedad, o del pecado, se los repito, como quieran llamarlo.

Ahora bien, además de todo eso que constituye la negativa del hombre a la Gracia de Dios, por lo cual decimos que muchos son los llamados y pocos los elegidos, hay también un misterio de selectividad, de preferencia, que no lo podemos descartar, que significa que Dios también elige. Y a unos da el regalo del arrepentimiento absoluto y parece que a otros no tanto. Hay un misterio de selectividad. No solamente de libertad humana, no solamente de iniquidad humana, hay un misterio también de preferencia en el amor, y Dios tiene

derecho, dándonos a todos lo que todos necesitamos, Él se guarda el derecho para excederse en el amor con quien más quiera y, por eso, hay unos que son más estrellas y hay otros que seremos más estrellados.

Finalmente, queridos hermanos, en este domingo de la misericordia, del perdón, o de la antesala, es decir, de lo que está detrás, el backstage del perdón, de la conversión y del arrepentimiento, naturalmente que vamos a estar invocando a María Santísima. Ella, la predestinada desde tiempos inmemoriales, como dice San Pablo. A muchos nos ha predestinado, ¿a quién ha predestinado más que a María Santísima? ¿A quién habrá inundado más con el regalo del amor y de la misericordia que a Aquélla a la cual se la llama la llena de Gracia? Por lo tanto, ¿quién mejor que María para conocer lo que es la antesala, lo que va por dentro del amor, del perdón, de la misericordia? En Ella Dios se derramó plenamente y de Ella surgió ni más ni menos que Aquél que es el único que perdona los pecados, no por nuestros méritos sino por su amor, por su selectividad, por su preferencia,

o por su gracia, o por lo agraciado de su carácter, o por lo gracioso de su alma que es Jesucristo, el hijo de María, y nuestro Salvador.

Que así sea.